

Articles

ALCIRA B. BONILLA*

La transformación del logos

En este artículo no se intenta determinar con qué grado de justicia puede atribuírsele a María Zambrano el calificativo de «feminista». Menos aún, en cuál de los feminismos, perimidos, todavía vigentes o nuevos, cabría ubicar su figura y sus escritos. Si éste fuera mi objetivo, los lectores y las lectoras podrían responsabilizarme por un doble error: el de caer en el mito, aún corriente, de la existencia de una voz femenina, universal y diferente,¹ con la consiguiente pérdida de validez de las variables culturales e individuales, por una parte. Además, así se obviaría lo esencial: la riqueza misma de la escritura a que se hace referencia, entendiendo por ello el sesgo peculiar y modélico del decir zambraniano.

El gesto de la escritora, que da origen necesario a su obra íntegra, queda expresado en el título mismo de este artículo. Él, en efecto, remite al juego, histórico y literario, de diferenciación, reduplicación y referencialidad de un logos que, conteniendo el principio de la diferencia y de la unidad, condenó por largos siglos al silencio, o al silencio público al menos, a una parte de sí, sin percatarse de que en esta operación germinaba ya su propia crisis.

Pero las palabras del título, además, sintetizan, a modo de hipótesis preliminar, mi respuesta a la pregunta más sencilla que cabe: ¿cómo y para qué escribió María Zambrano?

Entonces, más allá de una exposición pormenorizada de los rasgos que tipifican el discurso zambraniano, exposición que no carecería de utilidad, intentaré mostrar el carácter generador de este discurso, en tanto nuevo espacio de operatividad que el logos occidental se ha abierto contemporáneamente.

* Profesora de Ética y Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. (CONICET).

¹ En este sentido, hago mía la afirmación de Lida Aronne-Amestoy: «...el único mito a disipar es el de la existencia de una perspectiva (voz/lectura) universal de la mujer»; en «Lectura del silencio-silencio de la lectura: la voz femenina en la poética hispanoamericana», *Heteroglossia*, n° 4 (1992), p. 26.

1. DIAGNÓSTICO Y EXIGENCIA

En la producción íntegra de María Zambrano se pone en obra el imperativo fenomenológico de «¡a las cosas mismas!».² Y, tal como lo reclamara Husserl con insistencia, se lo hace desde una «segunda ingenuidad»³ que, a la crítica *epojé* de los prejuicios y de las redes conceptuales habituales (sean éstas las del entendimiento común o las del filósofo) y a la lucidez de una mirada libre y atenta, añade una disponibilidad fundamental para la escucha.⁴

Sumando así al ascetismo de la visión el del oído, que lo completa,⁵ María Zambrano, en tanto privilegiado «observador» o «espectador desinteresado»,⁶ realiza ya tempranamente una descripción esencial de la cultura occidental contemporánea. Tal descripción no ha perdido aún vigencia. Es más: si en los años por los que comienza a ser escrita (1940),⁷ la referencia constante a «Europa» debía entenderse como sustitución de «cultura occidental moderna»,⁸ nada impide que hoy, en la cultura planetaria que nos domina, sea aprehendida la mayor parte de los rasgos esenciales que ella bosquejó.

María Zambrano plantea *in extenso* por primera vez su descripción, diagnóstico y pronóstico de la cultura europea contemporánea en *La agonía de Europa*. Compuesta y editada en el exilio, con una estructura fragmentaria que pareciera reflejar las sístoles y diástoles del propio corazón agonizante, la obra exhibe una constante de toda la producción posterior: la concentración preferente de la autora en temas europeos de alcance universal, además de los propios de la cultura española, y la permanente ausencia del continente en donde residió hasta 1953. Todo parece indicar, como sostuve en otro escrito,⁹ que América no dejó impronta valedera alguna en su obra y que sólo sirvió

2 Cf., *Introducción*, par. 2, a las *Investigaciones para la fenomenología y teoría del conocimiento de las Investigaciones Lógicas* (reedición en un volumen de *Revista de Occidente*, 1976, p. 218). La raíz idealista de Husserl impide entender el imperativo fenomenológico en el sentido de un «encadenamiento atroz a los hechos» (M. Zambrano, *La agonía de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 21).

3 A diferencia de la ingenuidad que caracteriza al *hombre* de la actitud natural, Husserl subraya la positividad de la ingenuidad fenomenológica, la cual, una vez practicada la *epojé* de las ciencias objetivas y de la filosofía, retorna con una mirada libre de prejuicios y de conceptos lastrados por sentidos encubridores. En *Hua VI*, cf. los par. centrales de *Die Krissis...* y el apéndice conocido como *Die Ursprung der Geometrie*.

4 F. Sayater define a M. Zambrano como «...filósofa de oído frente a la filosofía visual, paisajística, teórica, de nuestra tradición sorda» («La voz de María Zambrano», *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Zero, 1983, p.13). Páginas más adelante, Jesús Moreno Sanz señala la raíz latina del oído zambraniano: atender, enterarse, obedecer (Cf., *idem*, p.16).

5 Tal ascetismo del oído resulta indispensable, en tanto posibilita un perspectivismo real (menos monológico que el de Ortega) y todo diálogo.

6 El empleo de los sustantivos husserlianos con la terminación de género masculino, obedece a exigencias de la escritura de la autora malagueña, la cual en diversas ocasiones señala su aversión a hacer distinciones de género cuando de actividad filosófica y literaria se trata.

7 *La agonía de Europa* apareció en Buenos Aires cinco años después. Con *Persona y Democracia* (1958), constituye un trabajo decisivo para el tratamiento de este tema.

8 La misma operación es también visible en los textos husserlianos de 1934 a 1936.

9 Cf. «Palabra y razón poética en la obra de María Zambrano», *Revista Universitaria de Letras*, vol. II, n° 1 (1981), pp. 95-120.

como estímulo para el recogimiento en un espacio personal que permitió a María Zambrano madurar como escritora y, así, tender puentes hacia la patria distante.¹⁰ Si bien no es éste el lugar para analizar el difícil tema de la diversidad de culturas y del diálogo intercultural en los escritos de la filósofa, cabría decir que Europa se le muestra más como el *factum* cultural e histórico de una filiación, señalando así una pertenencia insuperable y un destino, que como el *desideratum* colonialista de un resentimiento.¹¹

1940-1945. Europa pierde «... rostro, forma y figura».¹² Resentimiento, servidumbre a los hechos y *exitismo* redundan en un abandono del equilibrio que posibilitó históricamente la riqueza de formas europea (su *estilo*) y convocan la catástrofe: «De la excesiva confianza por la victoria sobre la naturaleza y de la fatuidad del ser humano por su natural bondad, salió el terror, el terror sin paliativos».¹³ Los hechos se vuelven acontecimientos y éstos se precipitan en crisis. Así, la situación inicial para el pensar aproxima, «... cuanto es posible en la vida, a la muerte».¹⁴ Y en el riesgo extremo, el amor, que «tiene hambre de realidad» y «... no se calma con fantasmas»,¹⁵ conduce una evocación fenomenológica que se pregunta de modo piadoso e irrenunciable por la «esencia de eso que llamamos Europa»,¹⁶ por el principio de su vida aún vigente y actuante que, por consiguiente, es también principio de su resurrección. El riesgo extremo, entonces, tensa el pensamiento y unifica, en *La agonía de Europa*, y a partir de esta obra para siempre, los varios «motivos» del decir zambraniano: la palabra, la historia, el *hombre* y lo sagrado, la construcción de la persona, el logos, los diversos tipos de razón, el nacimiento, la filiación y la paternidad, la patria...

Quizás puedan calificarse como de «filosofía de la historia», sin forzar demasiado los términos, obras como *La agonía de Europa* y *Persona y democracia*.¹⁷ La última, incluso, se subtitula *La historia sacrificial*. A partir del *factum* «crisis» u «orfandad», según la época,¹⁸ se realiza una labor múltiple de descripción, in-

10 Al texto, que tiene raíz autobiográfica, puede aplicársele la idea del retorno en la escritura, que M.R. Grillo señala como marca de toda escritura desde el exilio, a la vez que la de la responsabilidad por el cumplimiento de un deber histórico, que según la misma investigadora, caracteriza los textos propiamente autobiográficos de María Zambrano (Cf., «Scrittura in esilio», *Heteroglossia*, n.º 4, 1992, pp. 196 y 205-206, respectivamente)

11 También aquí habría que señalar múltiples analogías con el pensamiento del último Husserl, más que con el de Ortega.

12 *La agonía de Europa*, p.18.

13 *Ibidem*, p. 27.

14 *Ibidem*, p. 10.

15 *Ibidem*, p. 48.

16 *Ibidem*, p. 49.

17 El calificativo ha sido empleado por J. Ortega Muñoz (Cf., *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Universidad de Málaga, 1982, p. 248). Tanto su interpretación como la del Profesor P. Cerezo G., quien habla de una *pneumatología de la historia* en la obra de Zambrano, no hacen justicia a la intención global de la filósofa. (Cf., «De la historia trágica a la historia ética», en *Philosophica Malacitana*, vol.IV, 1991, pp. 76 y 90).

18 El término «crisis», según M.Zambrano, carecería ya de sentido en nuestra época, cuya penuria es aún mayor: «"La crisis de Occidente" ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad», subraya en el *Prólogo* a la edición de *Persona y democracia*, p. 8, de 1988 (Barcelona, Anthropos).

interpretación, pronóstico y propuestas de solución, que parece corresponder a los tradicionales esquemas de la disciplina. Sin embargo, una lectura atenta de los trabajos indica que el esfuerzo reflexivo de María Zambrano elude dichos límites y no sólo debido a la escasa proclividad de la autora por la parcelación disciplinar, sino por el inagotable intento de un saber raigal y unificante, sustentador de otro humanismo en su doble e inescindible dimensión personal e histórica.

En el análisis fenomenológico de María Zambrano, se destacan dos características como constituyentes de la esencia «Europa», la violencia y el idealismo.¹⁹ Hay algo más que azar asociativo en la elección de ambas características, cuyo simple enunciado carece de peyoratividad. Se trata, más bien, de un análisis de esencia de la historia, que integra una interpretación de la génesis como parte indiscernible de la eidética del presente.

La terrible violencia humana que conmueve a Europa pone al descubierto la raíz misma de la tragedia europea, el carácter «sacrificial» de su historia: «La Historia de Europa es la historia de esta violencia de la historia».²⁰ María Zambrano nos coloca ante «la versión europea del cristianismo»,²¹ llevada hasta sus últimas consecuencias, en tanto prometeica y fáustica construcción de un *hom-bre* en rebeldía contra la Naturaleza y contra el Dios de los cuales proviene. En efecto, el activo Jehová que saca al mundo de la nada, el Dios de la creación y de la misericordia bíblico, triunfa en la imposición universal del cristianismo hecha por y desde Europa (versión sesgada del cristianismo, que elude la misericordia):

Ningún Dios más activo, más violento. De la nada saca el mundo, la espléndida realidad que es la acción mayor de todas, la acción más activa, absoluta acción. Y la criatura humana está hecha a su imagen y semejanza. Pronto va a empezar este frenesí de la creación que se llama Europa.²²

En *La agonía de Europa* y en *Persona y democracia*, pero también en pasajes de *El hombre y lo divino*,²³ se sintetizan los avatares de esta historia del nacimiento y maduración de un humanismo atroz que fue inventando ídolos de polvo y ceniza a quienes sacrificar la libertad²⁴ y que desembocó en el nihilismo teórico y práctico que revela su vacío. «Eclipse de lo humano», «... noche oscura de lo humano que semeja un retiro de una luz y de un logos».²⁵

19 J. Ortega Muñoz, *op. cit.*, pp. 256-263.

20 *La agonía de Europa*, p. 82.

21 Cf., *Ibidem*, p. 87.

22 *Ibidem*, p. 66.

23 Madrid, Siruela, 1991.

24 Cf. *Persona y democracia*, cap. II.

25 *La agonía de Europa*, p. 159.

Heroico afán de ver, el idealismo integra la esencia europea desde la matriz griega de la misma y opera el desasimiento de la «pavorosidad de lo inmediato»²⁶ que hace posible la aparición de la filosofía y de las ciencias y la construcción misma de la historia:

El hombre europeo nunca se distinguió en sus días mejores por permanecer aferrado a los hechos, pura y simplemente; a lo dado e inmediato. Al revés, desde Grecia, se embarcó hacia un idealismo que alcanzó su extremo, precisamente, en la filosofía romántica alemana del siglo diecinueve.²⁷

La grandiosa disciplina de la forma y la utopía traducen el distanciamiento, orden y medida impuestos por el idealismo de cuño racionalista en los momentos más altos de la cultura europea: «La genialidad de Europa parecía consistir en gran parte en la capacidad de desasimiento de la realidad».²⁸ Sin embargo, en esta sed de claridad se entrañaba un absolutismo de la razón que se había desviado de su función contemplativa en beneficio de la voluntad de ser, la voluntad de poderío del *hombre occidental*.²⁹ Violencia e idealismo, en consecuencia, se aúnan en el «yo quiero» característico del voluntarismo radical europeo para desatar en su extremosidad, en sus abusos, todos los males de la historia presente.

Un único deber se destaca en el horizonte: la resurrección europea. Según María Zambrano, tal salvación de Europa será la salvación del *hombre* mismo. En la fe humanista de Occidente se ha dado por primera vez «... la revelación de la persona humana, como algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra».³⁰ Y esta revelación de Occidente, que está a punto de perderse, sólo alcanzaría su plenitud en una reversión de la historia trágica, en medio de la cual ha acontecido, en «historia ética»,³¹ reversión que ha de comenzar por una transformación del logos mismo, para que sea posible el renacimiento constante del hombre (varón y mujer) en libertad real.

2. RAZONES Y RAZÓN POÉTICA

Proveniente de una tradición racionalista (el desarrollo orteguiano de la razón fenomenológica en razón vital o histórica), desde sus primeras obras

²⁶ *Ibidem*, p. 20.

²⁷ *Ibidem*, p. 19.

²⁸ *Ibidem*, p. 20.

²⁹ Cf., *Persona y democracia*, pp. 87-88.

³⁰ *Ibidem*, p. 59.

³¹ *Ibidem*, p. 25. Esta historia ética es vista como liberación de una historia mimética: «La historia ha de dejar de ser representación, figuración hecha por máscaras, para ir entrando en una fase humana, en la fase de la historia hecha tan sólo por necesidad, sin ídolo y sin víctima, según el ritmo de la respiración» (*Idem*, p. 44).

(«Hacia un saber sobre el alma»³²), María Zambrano se aboca a la revisión de las diversas formas en que la razón ha sido entendida en el pensamiento occidental y de las proyecciones antropológicas y literarias de ello.

En consecuencia, la crítica del racionalismo, que aparece como constante en sus escritos, no alcanza nunca a convertirse en abandono explícito de la «razón» como tal ni de su primordial función de «humanización». Y hasta existe –poéticamente expresado– un «llanto por la razón».³³

Un texto autobiográfico, ya clásico, enuncia la aportación específica de María Zambrano a este necesario esclarecimiento de la historia y funciones de la razón:

... me duele, cuando se olvida que he descubierto o se me ha descubierto tres modos de razón: la razón cotidiana (y esto está reconocido), la razón mediadora, que aparece en el prólogo de *El pensamiento vivo de Séneca*, y la razón poética, que siendo quizá la más generadora aparece en un ensayo llamado «Hacia un saber sobre el alma», que fue publicado en la *Revista de Occidente* y después recogido en un libro con este título, *Hacia un saber sobre el alma*. Ahí está la razón poética ya, pero yo no me daba cuenta. Está también su aparición en un artículo publicado en *Hora de España*, que era una nota sobre un libro de Antonio Machado.³⁴

María Zambrano dedica muchas páginas al estudio de la razón triunfante en Occidente durante veinticuatro siglos, la razón monológica del concepto, la definición y el silogismo, pero sobre todo insiste en la crítica de la violencia y del apetito de dominio de esta razón, toda vez que esta sed de la razón la desgaja de su raíz en la vida. Paradigmáticamente, en el pensamiento de Descartes, cuando el *hombre europeo* entiende por razón su propia, desvalida y «geométrica» razón particular, el desgajamiento de la vida significó un corte neto con la realidad misma:

El hombre se tornaba en simple soporte del conocimiento racional, con todo lo que esto conlleva de extraordinario, pero la realidad en torno se iba estrechando a su compás; a medida que «el sujeto» se ampliaba, diríase que absorbiendo las funciones que el alma desempeñaba antes, la realidad se empequeñecía.³⁵

Hasta quedar, así, la realidad nuda en la crisis de la razón, enjuiciándola al enfrentarse con ella casi como un abismo, o caos primigenio –*ápeiron*– y obli-

32 Apareció por primera vez como artículo en *Revista de Occidente*, 1934.

33 *De la aurora*. Madrid, Turner, 1986, p. 18.

34 «A modo de autobiografía», en *Anthropos*, n.º 70/71, p. 71.

35 *El hombre y lo divino*. Madrid, Siruela, 1991, p. 180.

gando de este modo singular a la razón a un retroceso hacia su propia fuente –la realidad misma–, como único principio de salvación. Es justamente porque vivimos en el «tiempo del desamparo», y se ha manifestado en Occidente una crisis tanto de la objetividad como de la esperanza, que, en la búsqueda de salida para nosotros mismos (de cauces que tornen a la vida del *hombre* nuevamente vivible), la filosofía actual ha reconsiderado otras formas de ser hombre (varón y mujer) y de entenderlo, visibles, por ejemplo, en intentos anteriores de filósofos como Pascal, Spinoza o Nietzsche, en creaciones poéticas y artísticas, en algunas manifestaciones de las religiones grecolatinas, en la liturgia católica y en los místicos, especialmente San Juan de la Cruz y Miguel de Molinos. Desde la doble vertiente de la razón mediadora y de la razón poética –sobre todo desde esta última–, María Zambrano se suma al esfuerzo reflexivo epocal con voz renovadora.

Tras su germinación en el artículo de 1934, la aparición textual de la razón poética surge espontánea cuando María Zambrano comenta en la nota sobre *La guerra* la relación de mutuo completamiento y necesidad que, según Machado, existe entre poesía y razón. «Razón poética, de honda raíz de amor»³⁶, concluye, para agregar:

No podemos perseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta razón poética, de esta razón de amor reintegradora de la rica sustancia del mundo.³⁷

Habrà que esperar hasta *Claros del bosque* (1977) para que la tematización sobre la razón poética se explicité plenamente, pero las referencias mismas de la autora y el estudio de los trabajos de estos cuarenta años señalados autorizan la hipótesis de que toda su producción se encuentra prácticamente en el medio creador de la razón poética, aunque el estilo propio de ella no aparezca con nitidez en cada caso. Da la impresión, además, de que siendo la razón poética también una especie de razón mediadora, María Zambrano ha preferido agotar el tratamiento temático de la razón mediadora antes de desarrollar el de la primera. La constante preocupación por la crisis de la historia europea, por el desamparo del *hombre*, la ha llevado a descubrir la función y vigencia de una razón misericordiosa, más propia de los padres que de los maestros, razón que «... se ha llenado de ternura maternal para poder consolar al hombre en su desamparo».³⁸ Será la razón mediadora, en primer término, la del estoicismo resuelto como «piedad desde el ser»³⁹ por Séneca, que se vuelve puente entre el puro logos de la filosofía griega y la menesterosidad extrema del *hombre*. Diversos

36 «La guerra, de Antonio Machado», en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1986, p. 68.

37 *Ibidem*, pp. 68-69.

38 «Un camino español: Séneca o la resignación», en *Senderos*, p. 113.

39 *El pensamiento vivo de Séneca*. Buenos Aires, Losada, segunda edición, 1965, p. 57.

fenómenos de la cultura y de la historia encuentran en la razón mediadora su clave hermenéutica, entre otros, el realismo español, la acción mediadora del héroe trágico y la función mediadora del alma. Hasta podría afirmarse que está reservada a la razón poética la forma de mediación más elevada, tal como queda demostrado en los ejemplos paradigmáticos de Antígona y Diótima, que se analizan más adelante.

La razón poética integra, en unidad de acción y de saber, los dos *logoi* cuyo combate ha signado la historia del pensamiento occidental, el poético y el filosófico. No se trata, obviamente, de una facultad particular del *hombre*, sino de un método. Soberbiamente elucidada en *Claros del bosque* y en *Notas de un método*, no consiste la razón poética en un mero instrumento lógico, sino en uno capaz de hacerse cargo de todas las zonas de la vida humana, desamparada de la lógica:

Y desde ese horizonte racional que acoge otras razones que las de la conciencia y otros saberes que los que por la conciencia y a través de la idea creados, va María Zambrano perfilando su grande razón –unión de filosofía y poesía, y aún más allá de ellas, unión con aquel lenguaje operante sobre lo sagrado–, razón que parece estar habitando en la confluencia de dos metáforas: la de la luz intelectual y la de la «visión» y la «escucha» por el corazón.⁴⁰

El nuevo método, entonces, no conduce a la pregunta tópica de la filosofía por el ser; en realidad, no emprende pesquisa alguna. Es, más bien, el «método de un vivir poético», de la criatura que se despierta, se desvela en los ínferos y se entrega a la luz; método, por tanto, que puede dar razón de las entrañas y de los sueños, del padecer humano y de las zonas de la historia que han eludido el gobierno de una razón desencarnada, abstractiva. La operación deductiva privilegiada por la lógica formal, que envuelve en lo universal lo concreto y vivo, impidiéndole trascender esa cáscara abstracta que lo sostiene, debe ceder a una operación de la mente en la que el intelecto siga las indicaciones de los sentidos interiores afinados, tal como puede ejemplificarse con la conclusión clásica: «Sócrates es mortal»:

Todos los hombres mueren y Sócrates por ende también, más no todos mueren como Sócrates. Y entonces se dibuja una cierta incomprendibilidad en el ánimo para aceptar tamaña verdad, obtenida de esta deductiva manera, y se insinúa en el ánimo del estudiante la necesidad de una reparación, de una operación de la mente que extraiga a Sócrates de la verdad común.⁴¹

40 J. Moreno Sanz, «Las fórmulas del corazón», en *Papeles de Almagro*, pp. 23-24.

41 *Claros del bosque*. Barcelona, Seix Barral, 1977, p. 42.

Una de las funciones particulares del método de la razón poética; la más radical quizás, la constituye la función socrática de ayudar a nacer –la mayéutica–, en su doble acepción de alumbramiento de la conciencia y de alumbramiento del pensar filosófico-poético. Más adelante, retomaremos este tema en su ampliación y puesta en obra en las figuras literarias de Antígona (arquetipo del nacimiento de la conciencia, de lo humano como tal) y Diótima (arquetipo del nacimiento del pensar). Para María Zambrano, escritora europea, la forma ideal de la existencia humana no puede concebirse desde un «desnacimiento», al modo de las sabidurías del Oriente extremo, sino como una serie de «nacimientos» o «renacimientos» en plenitud. Sueños de Dios y de los progenitores, toda vez que los *hombres* hemos amanecido para la libertad y la conciencia nos seguimos, empero, soñando y debemos, además, soñarnos a nosotros mismos para existir. La vida, así, transcurre en una dialéctica necesaria entre el despertar (tiempo-libertad-realidad) y el sueño. Los denominados por María Zambrano «sueños de la persona», que sacuden las murallas de seguridad erigidas por el yo soberano –el «sueño» de la aguerrida vigilia–, permiten el alborear de la palabra verdadera, surgida desde lo más íntimo de las entrañas, y transportan a la conciencia hacia otro medio diverso que el establecido por ella en cada caso, en donde el tiempo salta y obliga a la conciencia a despertar efectivamente.⁴² Todo lo expuesto, está señalando de qué modo la razón poética posibilita metódicamente en la persona, en el pensamiento y en la historia un retorno a la matriz olvidada de la existencia y del logos, un verdadero *Heimkehr* («retorno al hogar»), según la expresión feliz de Blas Matamoro.⁴³

3. TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA TRANSFORMACIÓN DEL LOGOS

La motivación para el título del artículo proviene de la lectura de un párrafo de José Angel Valente, que sintetiza, aunque a mi entender todavía de manera incompleta, lo más original de la contribución de María Zambrano a la historia del pensamiento:

La historia del pensamiento occidental podría leerse en buena medida como la historia de la desencarnación del logos. ¿No habría que entender, ante todo, *Claros del bosque* como propuesta extrema de una contralectura? Pues, en principio, la palabra *logos* fue en la versión de los setenta la traducción del hebreo *dabar*, que designa a la vez la palabra y la cosa. A la desen-

42 Cf., «El sueño creador», en *Obras reunidas*. Madrid, Aguilar, 1971, pp. 25-40.

43 Cf., «El arrabal de los santos», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 413 (1984), pp. 66-71. El párrafo anterior incorpora una indicación valiosa para nuestro objetivo: «De ahí en más, las salidas parecen dos: la progresiva, intentando, con la razón dialéctica, resolver los problemas de la historia en la historia misma (la razón crece conforme al modelo paterno), y la regresiva, que consiste en retornar a los orígenes, a la infancia del Mundo y a la maternidad de las cosas respecto al hombre».

carnación del logos correspondería la corrupción del lenguaje, la inadecuación de los nombres y el exilio de la palabra. El saber de los claros del bosque volvería a ser un saber de la palabra como lugar de la reconciliación.⁴⁴

En párrafos anteriores se ha trabajado ya sobre este tema de la *desencarnación* del logos, expresión que, sin violencia, puede aplicarse a toda la fenomenología de la crisis realizada por María Zambrano, tanto como a su visión de la historia de la filosofía occidental. Completando a Valente, diré que esta desencarnación del logos, resultante de la historia del pensamiento occidental, fue protagonizada por los representantes de una razón patriarcal, en general filósofos y pensadores que se arrogaron su control. Que María Zambrano, una mujer, propugne la contralectura de esta historia como finalización del desvarío y obtenga con su método de la razón poética efectivamente una «transformación» del logos en todos los planos en donde ella debe operarse, creo que significa algo más que una coincidencia feliz: por vez primera, en plenitud, se da la posibilidad de conciencia y de expresión de un pensamiento que, asumiendo características de género, muestra con ello las vetas más profundas de la palabra y del pensamiento mismo, el camino todavía practicable para una transformación de la historia sacrificial en historia ética.

Algo de esto se insinúa ya en un texto complejo de *La agonía de Europa*:

Y el esfuerzo mayor de la Filosofía ha sido siempre el de neutralizar los efectos de los dioses. De ahí que las mujeres no hayan solido dedicarse a ella, pues la mujer ha sido siempre la esclava de Dios y de los Dioses y jamás se hubiera atrevido a tomar el partido del hombre.⁴⁵

La perspectiva androcéntrica, patriarcal (el «partido del hombre»), según se concluye de esta obra, ha sido la del poder avasallante y la violencia que culmina con el riesgo mismo de destrucción de la humanidad en nuestros días. Esto revela, también, los límites de dicha perspectiva, aun para la propia conciencia, conocimiento y realización histórica del varón.

El logos que María Zambrano tematiza, por otra parte, no se autoconstituye en negación. Se trata, más bien, de un logos integrador, que reconoce sus raíces. En un breve texto sobre Ortega, como «ser de la aurora», la filósofa reconoce la filiación de la razón poética en el «logos del Manzanares», al que considera «un punto de partida indeleble»,⁴⁶ si bien, como expone unas líneas después, su senda, «... que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica», no ha de atribuírsele a Ortega. El logos de la razón poética, menos adherido al concepto,

44 «Del conocimiento pasivo o saber de quietud», en *María Zambrano o la metafísica recuperada*, pp. 107-108.

45 *Op. cit.*, p. 67.

46 *De la aurora*, p. 123.

posee, por ello, un alcance mayor: «... un logos que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuera cauce de sentido para ellas»,⁴⁷ posibilitando la ascensión hasta la razón de «... lo que trabaja y duele sin cesar», de «... lo que late sin ser oído, por no tener palabra». Usando la expresión de Empédocles, el logos transformado (y transformador) es definido «voz de las entrañas», «luz de la sangre».

Este logos de la razón poética proviene del hontanar de la palabra. La palabra humana verdadera, que no es «... forma que apresa y oprime»,⁴⁸ sino vehículo de comunión, amanece tras una larga concepción. La palabra humana resulta «concebida» a través de un arriesgado itinerario, que supone desde una única «palabra perdida» («secreto del amor divino-humano»⁴⁹) y un lenguaje sagrado, vehículo de misterio y patria de la poesía, a la palabra que «... un ser humano guarda como su misma sustancia», «... la que se ha unido al ser»,⁵⁰ palabra escondida, semilla de las demás, de la poesía, de la tragedia, de la novela, la filosofía y el discurso verdadero, «... engendradora de musicalidad y de abismos de silencio, la palabra que no es concepto porque es ella la que hace concebir, la fuente del concebir que está más allá propiamente de lo que se llama pensar»,⁵¹ origen, igualmente, de las otras formas del arte. Por esto la palabra es valiosa y se impone una cierta continencia en el hablar, en clara oposición al desbordamiento informativo de la civilización actual. Menos aún es la palabra en sí misma un instrumento para ejercer el poder sobre los demás *hombres*. Precedida por un cierto silencio que la posibilita y engendrada en soledad, la palabra es «flor única»⁵² y, como el pan verdadero, sólo dándose alcanza su plenitud:

Símbolo y realidad de un don que por principio, en su esencia, no puede ser concedido a uno solo, y sin embargo la palabra se le ha dado al hombre porque está solo como individuo; porque no es parte, propiamente hablando, de la humanidad, trozo de ella, sino ejemplar de ella. Mas esa soledad se enraiza en lo incommunicable para volver a la comunidad esencial de la especie, y más allá aún, al reino que la sobrepasa. Y aunque esté solo el hombre, por solo que esté, toda la humanidad vive en él y alienta de una cierta manera. Por eso puede hablar consigo mismo. Pero si habla solo, como si come él solo su pedazo de pan, se puede decir que anda alienado, enajenado en sí.⁵³

47 *Ibidem*.

48 *Delirio y destino*. Madrid, Mondadori, 1989, p. 160.

49 *Claros del bosque*, p. 87.

50 *Ibidem*, p. 89.

51 *Ibidem*, p. 99.

52 *De la aurora*, p. 81.

53 *Claros del bosque*, p. 80.

Entonces, siendo todo palabra en el mundo del *hombre*, puesto que todo proviene o conduce a ella, audición y proferición se muestran como las dos caras del acto de la palabra, si bien la preeminencia corresponde a la primera, ya que el *hombre* despierta con un ser dado, con una palabra del destino y su conciencia es inicialmente silencio y eco.

4. FIGURAS DEL LOGOS TRANSFORMADO: ANTÍGONA Y DIÓTIMA

Como parte de su estrategia de transformación del logos, de dar voz plena al hombre (varón y mujer), María Zambrano encarna en las figuras femeninas de Antígona y Diótima, el ejercicio de la razón poética. Con Antígona y Diótima, resucitadas y transfiguradas por la escritura, María Zambrano da a luz, paradigmáticamente, la posibilidad que la historia había escatimado a la mujer. Como lo enuncié en la sección anterior, la posibilidad de la conciencia y la palabra para un pensamiento surgido de las características propias del género, pero que, a la vez, mostrara una posibilidad fecunda de lo humano: «Profetas, pues, estas almas, mas no sólo y no tanto de las cosas del porvenir, sino del ser del hombre que en ellas resplandece como una profecía».⁵⁴ También resulta de interés observar que la aparición literaria de las figuras femeninas de referencia se produjo en la cultura occidental cuando ya había acontecido para ella, por obra de las mutaciones literarias del mito, la «muerte de lo femenino»⁵⁵ y la pérdida de vastas dimensiones de lo humano que ella trajo aparejada.⁵⁶

Entre las páginas de María Zambrano abundan las dedicadas a personajes femeninos, que han tenido existencia real o una vida tanto o más fecunda, como personajes de ficción: Eloísa, Antígona, Melibea, Diótima, los personajes femeninos de Galdós... En *Una obra inacabada*, además, Rosa Mascarell informa sobre el proyecto inconcluso de *Breve historia del amor*, en la cual el amor iba a ser considerado desde el punto de vista de la mujer, y de las conferencias y escritos sobre el tema de la década del cuarenta.⁵⁷ Los textos dedicados a la mujer o aquéllos que la tienen como protagonista resultan originales por la operación *sui generis* que María Zambrano realiza con sus personajes femeninos, a punto tal que, en general, atisba signos positivos en marcas tradicionales de sumisión o discriminación. La escritora rescata con la palabra y da palabra a circunstancias que siempre han reflejado la ausencia o la desvalorización de la palabra de la mujer.

54 *La tumba de Antígona*. México, Siglo XXI, p. 23.

55 Cf., G. Wasserziehr: «La muerte de lo femenino en la mitología griega», en *Asparkía*, n° 2 (1993), pp. 37-45 e I. Cubero: «En el origen del logos lo femenino como registro del mal», en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, vol. 1, Madrid, Universidad Autónoma, 1989, pp. 65-73.

56 Cf. J. Rof Carballo: «María Zambrano», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 413, 1984, pp. 24-31.

57 Velez-Málaga, Fundación «María Zambrano», 1990.

Curiosamente, la salvación de los personajes femeninos corre paralela a la función salvífica que les hace desempeñar. Así, Diótima se muestra como salvadora de almas. Antígona salva, en primera instancia, a todos los personajes del ciclo trágico que la ha engendrado. Pero su tarea salvífica, en los escritos que María Zambrano le dedica, se torna mediación entre la justicia de la familia y la de la sociedad, en nombre de una justicia más alta, hasta convertirse en modelo de esa justicia del amor que la propia filósofa anhela para España y la humanidad toda.

María Zambrano no eludió un tratamiento temático de la mujer como existente, desde una hondura filosófica tal que la lleva a minusvalorar los escritos sobre ello: «... nada es ni vale el moderno feminismo».⁵⁸ En el punto de partida de su trabajo fundamental sobre Eloísa, recurre a la visión rilkeana de la mujer:

Existencia fantasmagórica de lo que no ha conseguido su ser y no está ni en la vida ni en la muerte... criatura extraña en los linderos de lo humano.⁵⁹

El afán creador, la objetividad, el espíritu, la libertad, la historia, todo aquello que nos constituye como seres humanos, parecen ser los atributos del varón. La mujer, siempre en secreta alianza con las fuentes de la vida, vive por el alma y se identifica con ella:

La vida de la mujer es la vida del alma. El hombre comenzó su historia hace tiempo; la historia en que trata de alcanzar la libertad lejos del alma o desprendiéndose de ella, en una especie de pacto. No exento de ella, el hombre la ha eludido y traspasado para ganar su otro que quizá se llame «animus», voluntad, intelecto o espíritu; el término griego «nos» parece decirlo más claramente que otro alguno.⁶⁰

El ser humano se muestra, así, escindido, alienado en cada polo de la diferencia; varón con libertad, logos, objetividad, historia, pero sin alma, sin entrañas, sin raíz; mujer enraizada, aunque pasiva y muda. La diferencia va más allá de los hechos; ella se inscribe, como toda la historia del género humano, en un plano trascendente. Hay algo religioso en el fondo mismo de la diferencia:

Si el espíritu creador es divino, el mundo del alma –de la mujer– es sagrado, es decir, no revelado. Mundo anterior al «logos», entra en contacto con el «logos» mediante el ofrecimiento de sus entrañas para que en ellas se realice; se haga corpórea realidad; carne y alma.⁶¹

58 «Eloísa o la existencia de la mujer», en *María Zambrano, antología, selección de textos*, en *Anthropos*, n° 70/71, Suplementos 2, 1987, p. 80.

59 *Ibidem*.

60 *Ibidem*.

61 *Ibidem*.

A causa de esto, en Occidente, la mujer ha sido también creación, imagen, del varón; pero imagen sagrada y, por lo tanto, de carácter ambivalente:

El proyectar una realidad en imagen es una manera de preservarse de ella, alejándola. Pero con esa ambivalencia propia de lo sagrado, la imagen que lo aleja mantiene al mismo tiempo su contacto.⁶²

Desde este análisis retrospectivo, María Zambrano se pregunta acerca de la posibilidad de lograr el final de la alienación. Pero queda señalado programáticamente en la interrogación del texto que tal pregunta por la plenitud de lo humano comienza en la mujer misma («¿Habrá alguna manera de que la mujer encuentre su modo de vida participando en la aventura varonil, sin dejar de ser alma?»⁶³). Y, en nota, se aducen las razones:

La mirada en que la mujer se mira a sí misma es distinta de la análoga del varón. Es esencial a la vida humana el necesitar saberse o saber algo de sí misma; pero el hombre adquiere este saber casi siempre en forma de idea, de definición... Mientras la mujer suele verse vivir desde dentro, sin definición, de modo directo, prescindiendo del «personaje» que el hombre necesita crear para verse vivir. Es muy masculino verse vivir desde una idea o desde un personaje; femenino, el verse vivir desde adentro, como si la mirada saliera de un centro situado más allá del corazón, pero entrañable siempre.⁶⁴

Antígona, un ser nacido para el amor y devorado por la piedad, resulta el personaje más querido y trabajado por María Zambrano, su propia hermana literaria a imagen de la que fuera Araceli, la hermana real.⁶⁵ Con la figura de Antígona, se muestra «... la aurora de la conciencia humana»,⁶⁶ mediante una prolongación ficcional de la tragedia de Sófocles («Antígona no se suicidó en su tumba»⁶⁷), salvándola por la palabra⁶⁸. Al entrar viva en la roca viva de la tumba, Antígona, padeciendo, se sintió y se soñó a sí misma; pudo despertar y vivir por vez primera, y nuestra autora le da tiempo y soledad para que revele éste, su alborear. Así, María Zambrano otorga a Antígona tiempo y soledad, los bienes que la historia ha escatima-

62 *Ibidem*, p. 82.

63 *Ibidem*, p. 80.

64 *Ibidem*, p. 85, n.1.

65 Cf., *Delirio y destino*, pp. 249-251.

66 *La tumba de Antígona*, p. 36.

67 *Ibidem*, p. 25.

68 Cf., J. Castillo, «La Antígona de María Zambrano», en *Litoral*, n° 121-122-123, tomo I, p. 12.

do siempre a la mujer, muchas veces sola, pero verdaderamente a solas, sin imagen, casi nunca:

Mientras que Antígona estuvo sola. Se le dio una tumba. Había que dársele también tiempo y más que muerte, tránsito. Tiempo para deshacer el nudo de las entrañas familiares, para apurar el proceso trágico en sus diversas dimensiones. Y un morir, un género de morir para que dejara algo, la aurora que portaba, y para que saliera purificada de lo que fue al mismo tiempo infierno y purgatorio, hacia su destino ultraterrestre.⁶⁹

Si María Zambrano adjudica a esta figura femenina, que no vivió su vida propiamente, la posibilidad en la tumba del nacimiento de la propia conciencia, esto sucede porque, siendo mujer, resulta más factible a Antígona el descenso a los inferos. Allí, donde el ser está en estado de sueño, de delirio, será menos tediosa la espera, el aguardar en la noche, la obediencia a la luz que se hace visible cuando se apaga el ruidoso sol de la tierra. El corazón corre al encuentro de la sombra, para que la luz definitiva sea en la cuna de la conciencia alboreante. Sólo una muchacha como Antígona, en su debilidad, sensibilidad y pureza humanas, y no el sujeto soberbio de la filosofía, revela el misterio de la conciencia auroral:

Mas lo que el sacrificio de Antígona ofrece es la conciencia, sí. Una conciencia en estado naciente que se desprende del sacrificio de un alma, de un ser más bien, en su integridad. Una conciencia que más tarde en la filosofía aparecerá como nacida de un sujeto restringido, de un Yo que por ello cobre existencia.⁷⁰

Antígona, en su tumba, al renacer, está a la escucha de la palabra donadora de ser. El nacimiento por la palabra lo será por una palabra escuchada. Todo habla a la mujer que ha sabido, en aprendizaje de siglos de silencio, escuchar y, por consiguiente, aprender, someterse a lo escuchado. Un rasgo notable de varias obras de María Zambrano reside en la comunicación de las múltiples palabras que brotan de las cosas, de los elementos, de las plantas, de los lugares, de los animales, de las ciudades, de los personajes (reales o de ficción), etc. A diferencia de los varones que no han sido criados para escuchar y que, por consiguiente, no llegan propiamente a constituirse como personas humanas, Antígona va naciendo en su ser personal a medida que, desde la audición del logos de las cosas, se le va revelando la palabra creadora, nacida de la luz, el origen de su propia palabra:

69 *La tumba de Antígona*, p. 29.

70 *Ibidem*, p. 40.

Quise oírla siempre, la voz de la piedra, la voz y el eco, esos dos hermanos que son la voz y el eco; hermana y hermano, sí. Mas las humanas voces no me dejan oírlas, porque no escuchan, los hombres. A ellos, lo que menos les gusta hacer es eso: escuchar. Pero yo, mientras muero, quiero oírte a tí, mi tumba, quiero oírlos a vosotras, piedras de esta tumba mía blanca como la boca del alba.⁷¹

Si el momento auroral de la conciencia es realizado por una heroína trágica, será otra mujer, la gran ausente del *Symposion* platónico, quien protagonice la aurora de la filosofía. En ambos personajes se señala el instante inicial de soledad, «... la soledad del hombre que se siente confundido frente a su destino», que, en el primer caso, da nacimiento a la conciencia y, en el segundo, a la filosofía, también, para la filósofa, nacida del silencio y la soledad.⁷²

En un bellísimo texto que parece «... nadar en el silencio»,⁷³ María Zambrano da a conocer su «intra-audición» de los fragmentos de una presocrática (pitagórica) Diótima, «... criatura del sonido y de la voz»,⁷⁴ que, adentrada en el silencio y la tiniebla, ejerce su vocación de «madre de las almas» en una reflexión discontinua, rítmica –al ritmo del corazón–, sobre el tiempo y el amor, que se expresa en metáforas e imágenes de rara sugerencia:

El tiempo cubre a las cosas de la tierra y de ellas, sólo el amor lo sobrepasa. El amor atravesado por el tiempo lo atraviesa. La estrella solitaria que se abre el día y alumbra el nacimiento de la noche es el umbral y una ley. La sombra de los anillos de Cronos la divide, la hiere. Porque no es sólo sombra, es herida; el tiempo penetra el amor y así el amor engendra siempre.⁷⁵

Al igual que su Antígona, la Diótima de María Zambrano muestra las posibilidades de un pensamiento mediador, emanado de la razón poética,⁷⁶ y revela el método seguido:

Me entré al fin dentro de algo: caverna, nido, corazón. En sueños sin imágenes, en vigilia sin conciencia. Primero era el silencio y un vacío mayor que el horizonte. Desaparecían las imágenes en aquella movilidad,

71 *Ibidem*, p. 48.

72 Cf., *España, sueño y verdad*. Barcelona, E.D.H.A.S.A., 1965, p. 22.

73 J. Moreno Sáenz: *op. cit.*, p. 20.

74 *Diótima de Mantinea*, en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987, p. 190.

75 *Ibidem*, p. 194.

76 Cf., Chantal Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*. Barcelona, Anthropos, 1992, p. 52.

como si el que haya imagen dependa de un cierto género de movimiento y de un tiempo semiinfernial.⁷⁷

El primer momento del método –¿negativo?– parece consistir en esta especie *sui generis* de *epojé* fenomenológica que roza el límite de la noche mística. La actividad desemboca en silencio vigilante; nada hay dormido, sino al acecho, en quietud, para que acontezca una revelación que la palabra no logrará expresar, puesto que ella fija la música y los números que sustentan toda palabra y la posibilitan; don del segundo momento del método y realización de la razón poética:

Y el silencio se ahondaba aún más y se abría en sus adentros. Comienzan así a sentirse las puras vibraciones del corazón de los astros, de las plantas, de las bestias y del corazón sagrado de la materia que sólo es inerte porque se presta a ser domada hasta el no-ser para servir. Y también el tiempo primero que cae y desciende rescatado por cada cosa. El mar sin límites de las vibraciones de la vida y su corazón primero. Un cáliz donde toda vibración se transforma y la materia es redimida de su servidumbre, donde el tiempo es consumido y se hace instante, como si ese Dios desconocido de que me han hablado llamara hacia sí irresistiblemente, abismo donde toda vibración, todo latido, entre para pasar a ser vida. Cáliz y abismo donde el instante deja de ser grano de arena; es germen, fuego, luz. Suceso que no pasa.⁷⁸

*Incipit vita nova.*⁷⁹

77 Diótima de Mantinea, *op. cit.*, p.199.

78 *Ibidem*.

79 María Zambrano retoma la frase del Dante para referirse a su propio método en *Claros del bosque*, p. 15.